

EL VIENTO DE LOS DIOSES

César Vidal


QUATERNI

Copyright © 2005, César Vidal Manzanares

Los derechos para la edición de esta obra han sido cedidos a través de Silvia Bastos, S.L. Agencia Literaria. www.silviabastos.com

Copyright © 2014 Quaterni de esta edición en lengua española

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

El viento de los dioses. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-942858-0-6

EAN: 9788494285806

IBIC: FJH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Buenos Aires | Madrid | México D.F. | Santiago de Chile

Editor: José L. Ramírez C.

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Manuel Dombidau | www.dombidau.com

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Grafilur, S.A.

Depósito Legal: M-25745-2014

Impreso en España

18 17 16 15 14 (10)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

PRÓLOGO PARA LA PRESENTE EDICIÓN

Las razones por las que un autor escribe novela histórica son diversas. No pocos se han dedicado a este género en los últimos años convencidos de que era de fácil aceptación por las editoriales y garantía, por tanto, de éxito. Craso error. Las editoriales no siempre son dirigidas por las personas más competentes —como, por otro lado, sucede con otras empresas— y la aceptación de los lectores no deriva siempre del género sino, en todo caso, de cómo éste es abordado. Personalmente, escribo novela histórica porque me permite, en ocasiones, relatar la Historia como creo que fue, pero no resulta posible documentar, y también porque constituye un instrumento privilegiado de acercamiento a la naturaleza humana independientemente de la época y del lugar. Lo primero preserva la pureza de mis investigaciones históricas de la contaminación tan común en otras personas y lo segundo me abre la posibilidad de reflexionar. La redacción de *El viento de los dioses* está relacionada especialmente con la segunda motivación.

Para millones de occidentales, Extremo Oriente constituye un todo si se quiere abigarrado, pero, a la vez, amorfo e indiferenciado. Para esas personas, un chino, un japonés, un mogol, incluso un indio vienen a ser, sobre poco más o menos, lo mismo. Semejante apreciación no sólo es gravemente errónea sino que además priva de enormes disfrutes al alma del que la sustenta. *El viento de los dioses* pretendía ser, en primer lugar, un canto a la visión tan diferente del mundo que pueden tener un chino y un japonés, naciones ambas sumergidas en una dialéctica violenta de siglos. Sus dos protagonistas son buena prueba de ello.

En segundo lugar, *El viento de los dioses* deseaba —y no quiero revelar el argumento— mostrar que la dialéctica intercultural no siempre ha de venir marcada por la sangre y la muerte. Incluso entre vencedores y vencidos, entre sometidos y señores, cabe —si se escucha lo más noble del corazón— establecer una relación que no sea la de la violencia y el expolio.

Finalmente, *El viento de los dioses* pretende ser un canto a lo que puede haber de bueno en cada cultura y, a la vez, a la esperanza de algo mejor, mucho mejor que las supere y trascienda.

Aparte de esas finalidades confesas, *El viento de los dioses* es una novela de la China imperial y del Japón asediado, del deseo mogol de dominio ilimitado y de la resistencia que anida en el ser de aquellos pueblos que se resisten a formar parte de los imperios, de la caballerosidad y la voluntad de sobrevivir con dignidad. Los datos contenidos en la misma son exactos y constituyen una reproducción fiel de una época.

Debo decir que mis lectores la acogieron con su indulgencia habitual y, en su primera andadura, el libro logró vender varias ediciones de tapa dura y, posteriormente, de bolsillo. Ni que decir tiene que le deseo una segunda salida no menos dichosa ahora de la mano de Quaterni, una editorial entrañablemente ligada a este tipo de temas y que ha manifestado su disposición a recuperar este texto. Sólo puedo desearles que lo disfruten. Ya está esperando su lectura.

César Vidal
Miami, verano de 2014

I

**El libro de la
esclavitud**

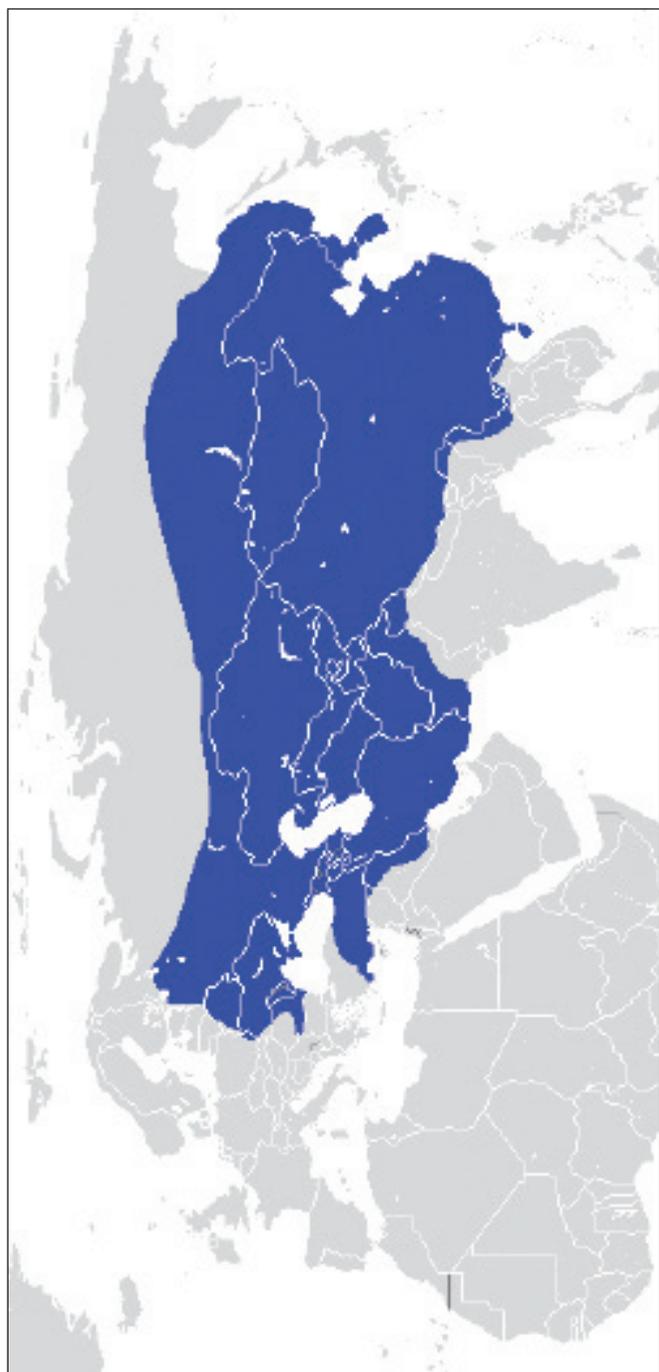
EL LIBRO DEL SAMURÁI

Y tomó el pincel, y sumergió su punta de cerdas de animal en la negra tinta y escribió:

He descubierto que el do del samurái no es otro que la muerte. Sé que no pocos piensan que morir sin haber logrado cumplir con la misión es morir en vano. Pero ese razonamiento no se corresponde con la verdad y es más digno de comerciantes o campesinos que de un samurái.

Por el contrario, me consta que aquel que elige continuar viviendo cuando ha fracasado en su misión es el que merece el desprecio. A ése hay que considerarlo precisamente un fracasado. Mejor que él es incluso el que, tras recibir un revés, acepta fanáticamente la muerte. Al menos, éste no sufrirá la deshonra.

El que aspira a ser un samurái perfecto se prepara para morir por la mañana y por la tarde, lo hace a lo largo de todo el día. Y entonces, cuando en todo momento está dispuesto a morir, consigue dominar el do y puede consagrar de forma infatigable toda su existencia a su señor.



Imperio Mongol en el siglo xiii.

FAN

I

Fan observó las negras catapultas, inmóviles y gigantes-
cas como si se tratara de dragones dormidos y no pudo
evitar experimentar un sentimiento de compasión hacia
sus futuros enemigos. Sabía sobradamente lo que aquellos
enormes monstruos de madera y acero podían causar en
cualquier muralla por fuerte y vigorosa que fuera. Lo sabía
porque había sido testigo de ello en repetidas ocasiones.
La última, tan sólo unos meses atrás, había tenido como
escenario Hsiang-yang, donde las tropas del Gran Jan se
habían enfrentado a los sung del sur. ¡Pobres sung! ¡Creían
que podrían tener alguna posibilidad de éxito contra aquella
suma de fuerza y movilidad mongola, y astucia y perseve-
rancia china! Primero, los habían obligado a encerrarse en
sus ciudades simplemente porque los jinetes del Gran Jan
eran imposibles de contener y, luego, habían llegado las
máquinas. ¡Sus máquinas!, pensó con no oculta satisfacción
Fan. Había bastado ponerlas en su debido funcionamiento
para acabar con la menor resistencia.

Fan era un experto en otras materias y habilidades que iban desde la administración a la caligrafía pasando por el manejo de la espada. De hecho, habría deseado que sus actividades militares hubieran terminado con aquella campaña, tanto más de lo que ansiaba retomar tareas de carácter civil. Sin embargo, el Gran Jan había considerado todo de manera muy diferente. A decir verdad, cuando tuvo lugar su regreso a la capital, no había podido expresado de manera más clara.

Le había visto una de esas mañanas que sucedían a la elección de una nueva concubina. Sí, mongola, por supuesto. El Gran Jan tenía preferencias muy claras. Le gustaban las que pertenecían a la tribu de los ungratos porque poseían una piel especialmente suave y mostraban una especial habilidad para vestirse, componerse y aderezarse. Eso explicaba que cada dos años, los ungratos le enviaran un centenar de mujeres de aquella tribu. Naturalmente, el Gran Jan no aceptaba cualquier cosa. Había dispuesto que las damas mayores de palacio durmieran con las recién llegadas durante unos días para determinar si tenían un aliento bueno y agradable, si eran limpias y si no roncaban. Si a esas virtudes añadían las de no presentar señales desagradables y ser vírgenes el Gran Jan las añadía al número nada reducido de sus concubinas. ¡Ay!, se había dicho Fan, hasta en el lecho tenía el Gran Jan que mostrar su preferencia por lo mongol.

Aquella mañana, el Gran Jan le había recibido, en compañía de otros dignatarios vestidos todos ellos con amplias hopalandas de finísima seda. No tenía buen aspecto el soberano. En realidad, presentaba bolsas abultadas bajo los ojos encendidos y una palidez mortal desplegada como un velo sobre su rostro. Al verlo, Fan supo que lo que le habían

dicho era verdad, que el Gran Jan se había pasado la noche determinando si la selección de concubinas era la correcta. Bueno, eso era cosa suya... Lo que le había agradado menos había sido que apenas hiciera una referencia a la victoriosa campaña que había concluido en el sur. Es verdad que él era sólo un funcionario ocupado en los últimos tiempos del correcto funcionamiento de las máquinas, pero se habría sentido complacido si el Gran Jan les hubiera reconocido su parte en el éxito. No lo había hecho. Por el contrario, les había manifestado que iba a partir de caza —una de esas cacerías que podían prolongarse durante semanas y en las que por flecha o halcón caían abatidas millares de piezas—, pero que antes deseaba indicarles cuál sería su próxima misión.

Lo hizo —eso sí— vestido como un *zhon guo ren*, cubierto hasta la cabeza de seda de la tierra Zhon guo y empleando el lenguaje de la tierra. Su antepasado Gengis había sido un *ye man* y no podía negarse, pero el Gran Jan sólo debía ser calificado de hombre civilizado, incluso refinado, aunque, eso sí, conservara algunos gustos un tanto discutibles, como el de su preferencia por las mujeres de los ingratos.

Aquella mañana, por ejemplo, no se movió ni un instante del trono, lo que Fan interpretó como una muestra de que la gota del Gran Jan no estaba pasando por sus mejores momentos. Le constaba que era posible encontrar un alivio si tan sólo hubiera estado dispuesto a modificar la dieta que consumía, si hubiera decidido abandonar —al menos por una temporada— aquellas costumbres alimenticias propias de un pueblo *ye man* y a comer más soja y más arroz en lugar de tanta caza. Pero en esta cuestión, como en otras, el Gran Jan se mostraba poco dispuesto a dejarse aconsejar por un *zhon guo ren*.

Sin embargo, con su pesadez corporal y todo, el Gran Jan demostró aquel vigor extraordinario que nunca dejaba de impresionar a Fan y a todos los que lo conocían. Sin ningún preámbulo, anunció a los presentes que el enfrentamiento con los sung había resultado un éxito, pero que sólo era el primer paso de una campaña mucho más amplia. Chasqueó entonces los dedos y dos funcionarios desplegaron diligente y rápidamente un extenso mapa.

—El país de los sung del sur —comenzó a decir el Gran Jan ha sido sometido y su intolerable altivez castigada...

Uno de los funcionarios señaló con un puntero pintado de rojo la zona del plano a la que se estaba refiriendo el Gran Jan. Fan llegó a la conclusión de que o se proponía darles una lección de *di li xué* o entre los presentes había gente que no había tenido relación alguna con la campaña y necesitaba alguna información adicional.

—A pesar de todo —prosiguió el Gran Jan— todavía quedan rebeldes. En algunos de los puertos...

La palabra «puertos» fue subrayada por golpecitos firmes del puntero sobre distintos lugares del mapa.

—... la rebelión se mantiene. Así es porque reciben ayudas y suministros de unas islas conocidas como...

El puntero alargado del diligente funcionario quedó suspendido en el aire, seguramente a la espera de que el Gran Jan indicara cómo se llamaban los lugares en cuestión. Sin embargo, el gotoso soberano parecía haber perdido el prolijo hilo de su exposición. Por un instante, nadie se movió, nadie dijo nada, nadie respiró a la espera de que recuperara la memoria. No lo hizo. Se limitó a chasquear nuevamente los dedos y un funcionario, ataviado con una túnica de hermosísima seda azul, se acercó con pasos cortos al Gran Jan,

se inclinó, suave y respetuosamente, sobre su oído derecho y pronunció una palabra que nadie, salvo él, pudo escuchar.

—... conocidas como Je-pen-kuo —dijo al fin el Gran Jan y los presentes sonrieron pletóricos de satisfacción.

—Desde esas islas —continuó con gesto ceñudo— se proporciona ayuda a los súbditos rebeldes. Semejante conducta no puede ser consentida.

Un gesto de ira, silencioso pero firme, apareció en los rostros de casi todos los presentes como convencida corroboración de lo que acababan de escuchar.

—Nuestro imperio es poderoso y fuerte, pero también es justo y clemente. Antes de desenvainar la espada, intentamos siempre evitar la guerra.

El Gran Jan hizo una pausa como si esperara que aquella declaración calara hasta lo más profundo del corazón de los presentes y continuó:

—Hace unos meses Chao Liang-pi partió como embajador a las islas de Je-pen-kuo, Sus instrucciones eran entrevistarse con su soberano, al que llaman *kotei*, e indicarle, de manera respetuosa pero firme, que si no dejaban de ayudar a los insurgentes, tendríamos que recurrir a la guerra.

El soberano había realizado una pausa y respirado hondo como si pretendiera de esa manera hacer acopio de fuerzas para lo que iba a decir. Luego, por un instante interminable, había paseado su regia mirada por encima de los concurrentes, de la misma manera que un alcotán sobrevuela un rebaño.

—No tengo duda —había dicho al fin— de que Chao Liang-pi cumplió con su misión de la manera más eficaz y competente. Su trayectoria como sirviente del imperio es conocida y jamás ha habido nada que reprocharle. Sin

embargo, el... *kotei* se negó vez tras vez a recibirlo y, finalmente, fue expulsado, *expulsado* de las islas.

Un murmullo de horror se había extendido por entre la concurrencia de la misma manera que lo habría hecho una mancha de grasa de búfalo sobre un vestido de fina seda.

—Semejante vileza no puede ser tolerada —había dicho el Gran Jan y el runruneo se había convertido en un coro de voces que refrendaban aquella afirmación.

—... y no lo haremos —había remachado provocando ahora una reacción cercana al entusiasmo.

Y entonces pareció que se operaba un cambio en el gotoso soberano. Como si el *qi* que recorría sus órganos se hubiera multiplicado, había comenzado a indicar los objetivos de la guerra que se avecinaba, los efectivos con los que contaba, los mandos que la gestionarían e incluso la fecha de inicio de las operaciones. Luego había formulado una promesa de no escasa relevancia, la de que, cuando concluyera la campaña, todos y cada uno de los presentes se convertiría en gobernador de las provincias en que serían divididas las islas. Fan había logrado reprimir sus sentimientos al escuchar aquellas palabras, pero no todos los presentes habían reaccionado con la misma discreción. De hecho, más de uno y más de dos había permitido que una sonrisa de codicia le apareciera en el rostro.

Cuando, finalmente, el Gran Jan había dado por terminada la audiencia, casi todos los funcionarios se hallaban sometidos a una sensación similar al hipnotismo que puede inducir un shamán hábil en el corazón de los que se acercan a él.

Se habían postrado todos cuando el soberano había abandonado la sala y, a continuación, mientras se les servía una colación, se habían dividido en pequeños grupos para

comentar lo sucedido. Fan había observado con desagrado cómo los mongoles sacaban de entre sus ropas unos vasitos en los que arrojaban escupitajos y esputos a cada dos o tres frases. Estaba convencido de que podrían pasar décadas y no se acostumbraría a esa costumbre mongola de lanzar gargajos mientras se habla con la misma naturalidad con la que el común de los mortales respira. Era cierto que, por lo menos, llevaban aquellos recipientes para recoger sus desechos y que no los arrojaban contra el suelo, pero le parecía inconcebible que aún mantuvieran aquel hábito de las estepas y más teniendo en cuenta que estaban comiendo. Se había despedido de tres o cuatro funcionarios a los que conocía desde hacía tiempo y se había acercado a uno de los soldados de guardia para informarle de su voluntad de abandonar la sala. Le habían atendido inmediatamente.

Sin caer en la descortesía, Fan había examinado al guerrero que le había acompañado a lo largo de los interminables corredores. Con seguridad, no era *zhon guo ren*, pero tampoco le había parecido que perteneciera a alguna de las tribus de mongoles. Podría ser un jurchen. Pero también un coreano. Últimamente, el Gran Jan había dado muestras de un considerable interés en este último pueblo cuyos naturales destacaban, según sabía por experiencia Fan, por su inteligencia y laboriosidad. De hecho, hasta había comenzado a estudiar su lengua, una lengua mucho menos rica y elaborada que la de *Zhon guo* pero no exenta de interés.

Finalmente, tras no poco caminar, había salido Fan de palacio y cuando los tibios rayos de sol le acariciaron suavemente el rostro, había experimentado un calorillo de gratitud hacia el que había dado vida y forma a todo lo creado. El tiempo era bueno y en aquellos momentos

hubiera deseado no tener que trabajar tanto y poder dedicarse a pasear un rato. No cabía tal posibilidad y se había encaminado hacia el lugar donde le esperaba su caballo. Quizá debería haber acudido a palacio en palanquín como correspondía a alguien de su rango. Pero le agradaba sobremanera montar aquel bruto vigoroso y de bella estampa por el que sentía un afecto especial.

Mientras desandaba el camino que lo había llevado hasta la residencia del Gran Jan, había observado las decenas de sirvientes que se cruzaban con él y que sujetaban con fuerza cadenas a cuyo extremo había amarrados por el cuello leones, linceos y leopardos. Se trataba de las fieras domesticadas del Gran Jan. Gracias a ellas, la captura de jabalíes, bueyes, osos e incluso asnos salvajes era mucho más fácil y, según decían algunos, más apasionante. Desde luego, había pensado Fan, al ver a un leopardo que abría las fauces con gesto de aburrimiento, no podía resultar agradable toparse con uno de aquellos animales.

Aún estaba inmerso en sus reflexiones cuando se había visto obligado a hacerse a un lado. La avenida estaba ocupada por los cuatro elefantes que acompañaban al Gran Jan en las cacerías. Había distinguido con facilidad el que utilizaba el soberano porque sobre él se hallaba situada una habitación espaciosa de madera forrada en el exterior por pieles de leones. Le habían contado —y seguramente era cierto que el Gran Jan gustaba de encaramarse a aquella bestia gigantesca y desde allí lanzar al vuelo a sus halcones y alcotanes para que le trajeran las presas que poco antes surcaban los aires—. La diversión —había que reconocerlo— al menos no era susceptible de perjudicar su gota.

Había regresado a caballo hasta su casa, una morada solitaria en la que Fan se sentía a gusto pero en la que

aparte de libros, pinturas y un par de criados no había nada ni nadie. Y allí, mientras el señor del mundo se entregaba a sus pasatiempos favoritos —la caza y las mujeres de la tribu de los ungratos—, Fan había reflexionado paciente y prudentemente sobre el hecho de que formaba parte del enjambre de funcionarios civiles y militares a los que se había dado la orden de preparar y ejecutar la invasión de unas islas situadas en el lugar donde nace el sol y conocidas entre los *zhon guo ren* como Je-pen-kuo y entre sus habitantes con el nombre de Nihon.